

# COMENTARIO

Dicen que hemos salido de una pesadilla. De algo más grave. Nos hallábamos en el estado de tensión en que se hallaría en un teatro el público que se percatara de que dentro de la comedia de ficción había una tragedia de verdad entre los cómicos en cuanto hombres, y le llegaran gritos y súplicas y amenazas de detrás de bastidores. Y temiera que el protagonista de la comedia, tomando en serio su papel, iba a pegar fuego al teatro o a bajar a la sala a echar a empujones a los espectadores. Y ello porque ese protagonista se había vuelto loco.

Un viento de vesanía—acaso de epilepsia—ha soplado sobre nuestro sainete político. Y menos mal que el vesánico ha obligado a los otros a entrar en juicio y luego se ha tenido que marchar.

El ex dictador al dictado, el que quiso absorber «sustancia militar»—¿qué concepto tendrá de la sustancialidad ese hombre—, se ha ido llorando. Cuentan que le dijo a su antigua víctima, el Sr. Maura: «Usted ha venido a suplantarme en este momento, qué es el mío. Conste que se me echa, que yo no me quería marchar de aquí.»

¿Cuál era ese momento? ¿A qué llamó «su momento» el hombre cuyo principio religioso es que de aquí a cien años estaremos todos calvos? ¿Es que realmente se fraguaba una conspiración ciervopretoriana y se preparaba un golpe de Estado? O sea un golpe al Estado, a su régimen constitucional.

¿Qué preparaba ese ex futuro canciller? ¿Canciller? ¡Acaso más!... Acaso pensó hacer lo que los mayordomos de Palacio con los últimos reyes merovingios; lo que los shogunes con los micados en el Japón de la Edad Media. Un shogunado paisano, ya que no civil. Por lo menos, mientras absorbiera lo que llamaba «sustancia militar». Porque no llegamos a creer que se tramase la erección de una República pretoriana y como presidente dictador de ella ese Napoleoncillo paisano. ¡Porque tales cosas se oyen!...

Pero, en fin, se le ha echado al ex futuro canciller, o shogun, o dictador, o lo que fuese a ser, y los que se apiñaban en torno de él, los ciervopretorianos, se encuentran, por de pronto, desoabezados.

El ex futuro shogun paisano, ro-

deado y sostenido por los que pretendían monopolizar la sedición y así organizarnos, tuvo la ocurrencia vesánica de hacer que por aquel a quien ya empezaba a tratar como los shogunes a los micados, se firmasen ukases anticonstitucionales. Quiso imponer por decreto las reformas militares. Después militarizó a los de Telégrafos y a los de Correos. Y otra vez más se hizo hacer a los militares el papel de esquirol. Papel con el que no creo que éstos se encuentren muy satisfechos. Porque hay que tener demasiada alma de jenizaro para apechugar con ese oficio de esquirol de los funcionarios.

Militarizábase a los de Telégrafos y a los de Correos para que no se asociaran, para que no se sindicaran, y no se disolvía los Sindicatos militares. Disolverlos, ¿eh?, y no esperar que se disolviesen o trasformasen ellos mismos y como por su pura, soberana e independiente voluntad, como quien hace una merced.

¿Y en qué podía consistir la transformación de las famosas Juntas? Acaso para las civiles se querría que de Juntas para exigir justicia se cambiasen en hermandades para mendigar favor. Tal es el concepto de nuestros profesionales del despotismo político.

Las Juntas civiles de Correos y de Telégrafos se han portado con un civismo, es decir, con un patriotismo admirable. Su nobilísima actitud es la que ha salvado al país de la dictadura al dictado, del shogunado acaso, del régimen de los jenizaros, de un régimen otomano. Ellos han salvado la civilidad española esta vez.

¿Ha vencido el pueblo? No podemos decir todavía que haya vencido el pueblo; pero éste se ha visto libre de su peor enemigo: del pretorianismo. Le han librado de él los políticos de oficio, los politiqueros («politicians»), los antiguos turnantes; pero éstos son menos de vencer. Con todos sus pecados—y son enormes—son al fin y al cabo civiles. Y cuando menos fingen democracia.

Y no se diga que no hay ni vencedores ni vencidos. Esta es una grandísima variedad. En toda batalla, si ha de ser decisiva, tiene que haber vencedores y vencidos. Y si no los hay es que la batalla no es decisiva y que se seguirán otras. Y aquí ha habido vencidos, aunque sueñen en el desquite.

La solución ha sido altamente teatral. El más perspicaz y avisado de los profesionales de nuestra política,



deber



el conde de Romanones, ha actuado de Maese Pedro, y con un arriesgadísimo y habilísimo tramoyazo hundió la conspiración pretoriana, ahuyentando a la banda de jenízaros del ex futuro Shogues, que no ya sólo Canciller. Y Maura ha tenido que venir a presidir a los profesionales de que tanto ha abominado. Es que había que salvar a la patria del pretorianismo.

¿Y las Juntas ahora?

Pero hay algo peor que las Juntas, ya que las primitivas, las del 1.º de junio, parece que eran muy otra cosa que las últimas y tenebrosas. Mucho peor que las Juntas son las peñas. Una peña aristo-militarista, de esas de señoritos que en días de huelga o revuelta azuzan desde su talanquera a la fuerza pública, es lo peor que puede haber si en ella se conspira para pretorianizar al país. ¿No lo cree así el Sr. Vázquez de Mella? ¿No lo cree el duque de Rivona?

Ahora se habla por algunos de pacificar los espíritus. No; lo que hay que pacificar es los cuerpos. Los espíritus no deben estar en paz.

¿Y el nuevo y augusto y solemne Gobierno? ¿Este Gobierno de caudillos de partidos? ¿Este Gobierno a que algunos llaman nacional, ya que no cabe llamarlo popular? ¿Este Gobierno que llegó a tiempo para salvar al régimen de un suicidio?

Este Gobierno de políticos de oficio ha salvado, no más que con su constitución, del pretorianismo al pueblo, pero ahora se encontrará frente al pueblo que pide justicia, que anhela que se acabe el despotismo que durante tantos años han ejercido los mismos que lo componen. Porque fueron actos de despotismo, del que tiene por fórmula lo de «por conveniencias del servicio», del que ha usado y abusado de la arbitrariedad ministerial y de las facultades «indiscricionales», fueron actos de despotismo los que han obligado a sindicarse a los funcionarios civiles como antes a los militares.

Los primates de la política de carrera han logrado echar a los que querían echarlos o más bien barrerlos. Bien está. ¡Entre esos políticos, de que abominamos, y los jenízaros o pretorianos, preferimos aquéllos! Pero ya que nos han alejado el peligro del pretorianismo que piensen en que ellos han sido otro peligro para el pueblo.

¿Qué pensará de esto el afortunado e inspirado autor del tramoyazo cívico, el señor conde de Romanones, de cuyo civismo, por lo menos, no dudamos?

Y este comentario acaso, por querer condensar mucho, nos haya resultado un programa algo sibilístico. Ya lo iremos desarrollando.

**Miguel de Unamuno.**

